

DISCURSO

PRONUNCIADO POR SU SANTIDAD PIO IX,

EL DIA 12 DEL ACTUAL (ENERO 1875), EN CONTESTACION
AL QUE LE DIRIGIÓ, EN NOMBRE DE LAS ÓRDENES RELIGIOSAS, EL REVERENDO PADRE SCHIUFFINO,
ARAB GENERAL DE LOS OLIVITANOS.

Las palabras que acaba de pronunciar el Padre Abad en vuestro nombre, han resonado agradablemente en mi corazón, por ser el testimonio irrecusable de vuestra adhesión al Papa y á la Santa Sede. En medio de las duras pruebas por que estais pasando, nunca podia recomendaros demasiado á los religiosos, que viven fuera del claustro, y corren, como consecuencia de esto, graves peligros. No estais obligados á lo imposible; pero vuestro celo y vuestra caridad deben moveros á abrir los brazos á estos pobres hermanos errantes, para que puedan participar de las ventajas que procura la comunidad religiosa. Acaso, al volver á sus monasterios, no traerán consigo las mismas ventajas de piedad y fervor que ántes tenían. La influencia del siglo se dejará notar en algunos de ellos.

Recuerdo á este propósito, lo que me contaba un Padre General, preguntándole yo, si despues de la dispersion de 1848, habian sufrido sus religiosos en su espíritu ó en sus costumbres. Este General me decia, valiéndose de una comparacion, que no deja de ser exacta: cuando un gran señor prevé, que su palacio vá á ser invadido, escoge sus muebles mas preciosos, su tapiceria, cuadros y mármoles, y los hace trasladar á otra parte, para librarlos de los ladrones. Pasado el peligro, vá á recobrar sus objetos, pero no los encuentra ya en el mismo estado: á una

silla le falta el respaldo, á una mesa un pié, las arañas y la polilla se han ensañado en las tapicerias. Lo mismo sucede con los religiosos; salen hermosos por su virtud, y respetados por la santidad de su vida, pero pierden algo en los embates del mundo.

Y á vosotros os toca, ponerlos en el mismo estado en que ántes se hallaban, dándoles medios para reunirse; y con este motivo, os recordaré, que he resuelto, que donde haya tres religiosos, á lo menos, tengan en pleno derecho el privilegio de Oratorio; he querido que fuesen, cuando menos, tres, para no dar á los individuos motivo para permanecer aislados: *Væ soli!* como decia el que sabe de que manera suceden las cosas. Algunos han encontrado asilo allende los Alpes, y esto es providencial.

En suma, hermanos míos, aplicaos á conservar vuestro espíritu de perfeccion, y el de vuestras familias religiosas, para que, cuando llegue el día de la misericordia, pueda cada uno volver á ocupar su puesto, y trabajar por la gloria de Dios. Entre tanto os doy mi bendicion; que ella sea vuestro auxilio en las necesidades presentes, os acompañe en vuestros trabajos, y sea vuestro consuelo en el día de la muerte.

Benedictio Dei, etc.

AUDIENCIA DE SU SANTIDAD

CONCEDIDA Á LOS ALEMANES CATÓLICOS RESIDENTES EN ROMA.

Los alemanes católicos de la colonia romana, han sido recibidos esta mañana (18 de Enero de 1875) por Su Santidad.

Pío IX entró en la sala consistorial cerca del medio día. En su rostro veianse pintadas las señales inequívocas de la mas completa salud y paz del alma. Como en aquel instante, uno de los servidores de palacio se apresurase á cerrar una de las ventanas, inmediatas á su sagrada persona, el Papa le ha ordenado que la dejase abierta. El sol, disipando en aquel mismo momento las nubes que lo encubrian, iluminó con todo su esplendor el Vaticano.

Uno de los miembros de la colonia leyó un mensaje en latin; en el que se decia, que toda la Alemania católica se arrodillaba en espíritu á los piés del Augusto Pontífice, implorando una bendicion, que le diera fuerza para luchar y salir victoriosa de la persecucion, y de las pruebas presentes. En este documento habia palabras conmovedoras, para honrar y enaltecer á los Obispos, Sacerdotes y fieles, que sufren valerosamente los ataques de los enemigos de la Iglesia.

Terminada su leclura, el Papa se levantó, y pronunció un breve discurso, que conmovió profundamente á su auditorio.

Dijo, en sustancia, que debia abrigarse la esperanza fundadísima, de asistir al triunfo de la Alemania católica; y que la persecucion actual concluirá, como todas las persecuciones anteriores, dejando á la Iglesia purificada y rejuvenecida.

Comparando la serpiente moderna con la antigua, añadió, que, todo bien considerado, la serpiente moderna no es tan temible como se presume.

Despues, y al mismo tiempo que excitaba á los católicos, á que resistieran á las seducciones y ataques contra su fe, les aconsejó, que no olvidaran nunca lo que debian al César, trazando, al llegar aqui, en términos elevadísimos y precisos, los deberes para con la Iglesia y la sociedad civil.

Añadió luego al pueblo, que se vé gravado con onerosísimos impuestos, diciendo, que hay Gobiernos, que lo cargan como á una

bestia; pero llega un momento, en que el pobre pueblo cae bajo el peso, como la bestia de carga, sin que los golpes puedan hacer que se levante, esperando que le quiten el fardo que le abruma.

Volviendo á ocuparse luego el Papa de los deberes de los católicos, los excitó á recurrir á la Santísima Virgen, recordando, á este propósito, el Evangelio del día, que refiere las bodas de Canaan. Cristo, al asistir á estas bodas, dijo, quiso mostrarnos la santidad del matrimonio, y como fallara vino, la Virgen fué la primera en atender á la necesidad de los convidados, porque siempre, en efecto, se ha ocupado en lo que nos es necesario y útil. De donde concluyó el Papa, que no debemos descuidar nunca, en manera alguna, dirijirnos á ella.

Su Santidad, terminado su discurso, bendijo á todos los presentes, que se retiraron vivamente conmovidos.

(*Journal de Florence*, 19 de Enero 1875.)

LOS BELGAS EN EL VATICANO.

Ha tenido lugar en el Vaticano una recepcion interesantísima: la de una numerosa diputacion belga, que fué recibida el 29 de Enero último (1875) por el Soberano Pontífice. Los nombres mas ilustres figuran en ella, á saber:—El Senador De Cauaert en Hamal, de Malinas;—el conde de Hemplínne, de Gante;—el senador Leisen Eliaert, de Alari; el Vicario General de Puteuloup, de la diócesis de Lieja;—la condesa de Renesse, de Lieja;—Julian Lausmed, de Gante;—el senador Ed. Orban, de Luixemburgo;—la baronesa de la Rousseliere, de Lieja;—el conde de Nedouchel, de Tournay;—la baronesa Hontart, de Charleroi.

Conoció es de nuestros lectores el afecto de la Bélgica católica á la Santa Sede. Todo el mundo sabe, que los belgas fueron los primeros en llevar al Vicario de Jesucristo, despojado, el tributo de sus limosnas, de igual manera, que fueron los primeros en acogerse al estandarte pontificio, y dar su sangre en defensa de los derechos de la Santa Sede. Cuando, por misterioso permiso de la Divi-

na Providencia, el poder temporal parece haber sucumbido momentáneamente a los golpes de la secta anticristiana, los belgas han sido los primeros, en visitar á la augusta víctima de la revolucion, y en llevarle el tributo de consuelo, en medio de tantas amarguras en que se halla sumido.

Los esfuerzos de algunos miembros del departamento belga, unidos por lazos demasiado conocidos con los principales jefes de la secta en Europa, para aminorar la dignidad del Soberano Pontífice, y abrir la importancia del Vicario de Jesucristo en el mundo, hacen más meritoria la generosa partida de los católicos belgas, que, en este momento, se encuentran en la Ciudad eterna.

El Padre Santo se presentó en la sala de audiencia, poco ántes de las doce, acompañado de muchos Cardenales y Prelados. Los asistentes se postraron respetuosos al aparecer el Vicario de Jesucristo, ansiosos de recibir su bendición.

El ilustre Senador M. De Cauuaert d' Hamale, tan conocido por el celo que desplega en todas circunstancias, en defensa de los derechos y dignidad de la Sede Apostólica, se acercó al trono de Su Santidad, y leyó en alta voz el siguiente conmovedor mensaje:

«Santísimo Padre: venimos en nombre de los católicos belgas, á depositar á los pies de Vuestra Santidad, el homenaje filial de sus votos, y la expresion de su inalterable afecto.

«Las tribulaciones de la Iglesia y del Augusto Vicario de Jesucristo, han excedido los límites, que parecian no poder ser sobrepasados, habiendo burlado todas las previsiones humanas.

«Las sobrelevamos como hijos fieles, que deploran tanto sufrimiento, y nuestra ansiedad es superior á todo encarecimiento. Pero, cómo nos atrevemos á quejarnos, cuando vemos á nuestro Padre comun, solo y despojado, resistir sin debilidad los asaltos que la impiedad le dirige por doquiera? ¿Cómo no aprender de Él, y de su admirable ejemplo, la sumision, que debemos tener á la voluntad del Salvador, que ha profetizado á sus discípulos, que sufrirán persecuciones por causa de su Maestro, y al mismo tiempo, la confianza en la palabra de Aquel, que ha vencido el mundo? Por largos y crueles que puedan ser tan malos dias, nos esforzaremos, Santísimo Padre, en soportarlos como verdaderos cristianos, suplicando al Señor, abre-

vie para su Pontífice el tiempo de afliccion, uniendo nuestros esfuerzos para hacer, que apresure la hora de la misericordia y del triunfo, por medio de la obediencia á las enseñanzas, que parten de la Cátedra de San Pedro, por la oracion, las buenas obras, la constancia en conformar con estas resoluciones nuestra vida pública y privada.

«A la entrada de este Año Santo de Jubileo universal, esperamos que Dios aumente nuestras fuerzas, cuando nos envíe mas pruebas; porque visible y providencialmente ha protegido á nuestro muy amado Padre, y suscitado confesores y mártires en las horas de persecucion, y extendido y acrecentado el culto de su Madre Inmaculada. ¿Por qué no hemos de saludar, pues, con ardiente esperanza, la aurora de una paz gloriosa en los nuevos dias de gracia y consuelo?

«Santísimo Padre: cuando volviámos al seno de nuestros compatriotas, encontráremos allí corazones ávidos de acoger el eco del Vaticano, que responde á su profundo y respetuoso afecto; corazones ávidos de sumergirse, de algun modo, en la atmósfera de la Ciudad Eterna.

«Pedimos humildemente para nosotros y para ellos, la bendición de Vuestra Santidad; bendición que, para los católicos, será la prenda del cumplimiento de las promesas divinas.»

El Soberano Pontífice, profundamente conmovido, por las palabras llenas de verdad y de amor pronunciadas por el señor senador De Cauuaert d' Hamale, contestó con el magnífico discurso siguiente:

«Dios, que elije débiles instrumentos para confundir á los fuertes, ha tenido á bien poner en estos dias de conmocion y agitacion anticristiana, el gobierno de su Iglesia, entre las débiles manos del hombre que veis ante vosotros. Con razon se ha comparado la Iglesia á la barca, en que se encontraba Jesucristo con los Apóstoles, cuando estalló de repente una tempestad, y mugiendo el viento con furia, obligó al corto número de los que navegaban en compania del Divino Maestro, á postrarse á sus pies, exclamando llenos de gran temor: *Domine, salva nos, perimus*. Todavía hoy vemos, en efecto, á esta barca mística vogar en un Océano tempestuoso, mientras, desencadenados los vientos, amenazan lanzarla hácia la orilla é im-

pediría ganar la corriente, para que pereza entre las sirtes y los escollos; y hoy, tambien, los que navegan sobre la barca, exclaman como los Apóstoles de otro tiempo: *Domine, salva nos, perimus*. Y así como Jesucristo se levantó entónces, y con su divina autoridad mandó á los vientos y al mar que se calmaran: *Tace, abmutescet*, tambien acoge ahora las oraciones de los muchos cristianos que se dirigen á Él; y si no apacigua instantáneamente el mar tumultuoso, da fuerza al piloto y á los pasajeros para proseguir su viaje, salvar el impetu de la tempestad, y librarse de los peligros, que, con tanta frecuencia, se presentan para infectar la sociedad.

«Ved como en estos dias, el *hombre enemigo* ha intentado aumentar el trastorno, introduciendo en Roma uno de esos meteoros de los espantosos torbellinos, que derriban cuanto hallan á su paso; la Providencia se ha valido, sin embargo, de un brazo, que no es ciertamente amigo de la Iglesia, para oponerse á una devastacion mayor y más próxima. Si; el brazo que ha detenido al torbellino, ha hecho esto con detrimento de su dignidad: *Est qui videt, et judicat*. Hemos notar tan solo, que siempre, y en toda época, se ha valido de algun Ciro, para castigar á algun sacrilego Baltasar.

«No es esto todo; pero lo de que voy ahora á ocuparme es mucho más consolador; Jesucristo se ha dirigido á vosotros, y os ha inspirado que vinierais á Roma, para formar tan hermosa corona á mi alrededor, para fortificarme con las palabras que han salido de vuestros labios, con el afecto que llena á vuestros corazones, y las generosas ofrendas que me presentais; vosotros, que siempre os habeis apresurado á venir en socorro de esta Santa Sede. Jesucristo no ha juzgado oportuno, hasta ahora, calmar la tempestad; pero, por otra parte, así como os ha inspirado, ha inspirado á tantos otros cristianos, y ha comunicado á todos el valor y la energía necesarias, para resistir á las persecuciones más crueles; hemos visto y vemos, como tantos pechos sacerdotales, saben oponer valerosa resistencia á las persecuciones de los impíos y orgullosos del siglo. Todos hemos visto y vemos, piadosas nuchedumbres llenar los santos templos, y marchar á través de caminos espinosos, para ir á rogar á Dios en algun santuario, y pedirle gracia y apaciguar su cólera. Hemos

visto y vemos, multiplicarse las obras sugeridas por el celo de la gloria de Dios y la salvacion de las almas.

«Hemos visto y vemos todo esto, y más todavía; pero Jesucristo no está aún dispuesto á dar la salvacion á la sociedad trastornada, y tiene todavía en su mano el azote destinado á herir especialmente á los profanadores de su Iglesia.

«No nos queda ya, por consiguiente, más que prestar nuestra cooperacion al Eterno Pastor de nuestras almas, siguiendo, al mismo tiempo, pidiéndole humildemente la fuerza que nos es tan necesaria, puesto que se trata de proseguir nuestro camino, no en medio de las delicias de la paz, sino en medio de los peligros del combate.

«Roguémosle ahora que nos bendiga, á fin de que, con su bendicion, nos comunique la fuerza y el valor que necesitan los combatientes. En cuanto á mí, yo os bendigo en vuestras personas, en vuestros bienes, en el celo que desplegais por la gloria del Señor, y que esta bendicion se extienda á todos los católicos que representais. Yo os bendigo ahora, en el momento de vuestra muerte, y por la eternidad, á fin de que se os encuentren dignos de bendecir y alabar á Dios en la eternidad.

«*Benedictio Dei*, etc.

La Diputacion fué admitida despues á acompañar á Su Santidad en un paseo por el jardin y las galerias, y le ofreció 290,000 francos.

A PROPÓSITO DE LA ALOCUCION DEL PAPA

Á LOS CATÓLICOS BELGAS.

I.

Cuéntase que, en su excursion al Monte Mario, Garibaldi, fijando su vista en el Vaticano, que descubria al pié del promontorio, dijo:

«Hace más de cuatro años que ese anciano está allí, sin salir, verdaderamente prisionero... ¡Ah! cuanto mal he dicho de él... Pero, en adelante, no quiero hablar más de su persona!!

Subrayo ese *cuéntase*, porque dudo de la autenticidad de la versión. El *héroe* no es, desde luego, un hombre de espíritu;— además, esa palabra, indicando una especie de arremetimiento, es demasiado violenta en él.

Cuéntase también (y no lo subrayo) que un actor llamado Rossi, habiendo invitado á Garibaldi á permanecer en Roma, para que salga más pronto de ella todos los sacerdotes, Garibaldi no se dignó contestarle.

Sea como fuere, yo no acierto á ver en la palabra de Garibaldi, ni en su silencio, sino una orden de la secta. Para los fines que se dejan adivinar, Garibaldi se vale de la prudencia. El momento de obrar no ha llegado todavía: preciso es disimular. Ved ahí una grandiosa comedia, en la cual están distribuidos con arte los papeles; y púedese asegurar de antemano, que los principales personajes, que figuran en la escena política, saben de memoria el lenguaje que han de usar, como las actitudes de que se han de servir.

El actor Rossi, que pasa por representar bien su repertorio, y que ha creado el *Neron* de M. Cossa, tiene muchos menos recursos, y como apuntador menos experiencia que el de Garibaldi; lo cual no impide, que el actor, en cuestión, no sea, también un gran hombre, como el que se apeó en la legación de Prusia más arrogante que un barón tudesco, y más cubierto de oro que un tratante en buyes.

Convenga Garibaldi, ó no, es cierto, que de todos los blasfemadores é insultadores del Papa, él tiene derecho al primer rango. Hasta estos días pasados, todos sus escritos, aunque no fuesen sino de tres líneas, contenían un ultraje á la persona del Soberano Pontífice, ó al clero. ¡Y qué clase de ultrajes! solo una rabia satánica podía inspirarlos. Su vida es como el grito brutal, feroz, implacable, de una alma desolada y consumida por el odio al Vicario de Jesucristo. Cien veces nos hemos dicho, leyendo sus cartas, ó su libro de los *Mil*, que para ese hombre, el infierno había comenzado ya, pero que esperaríamos que, tal vez, un milagro de la gracia le apartara de él! Añádase, que Garibaldi es el más culpable de cuantos han combatido contra Jesucristo y derribado su trono.

¿Cuáles palabras ha opuesto, pues, el Papa á las blasfemias y á los insultos de Garibaldi?

Hé ahí lo que aumenta nuestra admiración por el carácter sacerdotal de Su Santidad y por la mansedumbre apostólica de su corazón.

El no le ha dicho á Garibaldi:

Nos me llamais el *cáncer de la Italia*, el *vampiro de la Italia*, el *jefe de los nigrománticos*, etc., etc. Y sois vos, hombre de perdición, quien merece y realiza *ad litteram* esas siniestras acusaciones. Ninguno de esos términos de *podredumbre*, de *infección*, de *lodo*, de *bloaca*, que infestan el lenguaje de Garibaldi, ha podido salir de los labios de Pío IX. Esos benditos labios no hacen mas que expresar los puros pensamientos de una alma pura. Para aludir á la llegada de Garibaldi, se ha servido, sin nombrarlo, de comparaciones nobles, tomadas del vocabulario sagrado. Ha hablado de *meteoro* y de *turbelino*.

Francamente; ¿podía el Papa decir algo más elevado, más digno y más en armonía con los sucesos sin ofender á la verdad?

Hablando de otro personaje, que ha sido el instrumento oficial de su caída, que reina en su puesto, y manda á sus desgraciados súbditos, ha empleado una expresión, en la que se muestran, sin velo, la caridad y la compasión: *Un brazo no amigo de la Iglesia!* No ha condenado aquel movimiento, que ha arrojado en el estupor á los hombres aun ciegos, sobre la omnipotencia de la secta. No; se contentó con decir: *Est qui videt, et judicet*. Qué dominio sobre sí mismo! qué calma! qué grandeza!

Si con una palabra ha traído á la memoria un rasgo de la historia sagrada, lo ha hecho, porque la historia sagrada es el libro en donde nos están revelados los terribles castigos, que Dios tiene reservados á los profanadores de la Iglesia. En ese libro, pueden los mismos profanadores leer las advertencias, que les conducirían al buen camino y á la salvación.

«Nosotros nos limitaremos á recordar, que en todas las edades y en todos los tiempos, Dios se ha servido de algún Ciro para castigar á los Baltasares sacrilegos.»

Baltasar fué el último rey de Babilonia, y se entregó á una vida licenciosa. Habiendo profanado en un festín los vasos sagrados del templo de Jerusalem, vió al instante, que una mano desconocida trazaba en uno de los muros del salón, en que se daba el festín, estas tres palabras misteriosas, *Mane, The-*

cel, Phares. Llamado Daniel, para que las explicara, le dijo, que anunciaban su castigo y su muerte. Y en la misma noche del festín, Ciro, penetrando en Babilonia, dió cruel muerte á Baltasar.

Pero, si el Papa ha usado de mansedumbre y de excesiva caridad para con las personas, no por eso ha dejado de insistir sobre los males que nos amenazan, y de indicarnos los medios á que debemos recurrir, si queremos apartarlos de nosotros. Garibaldi ha venido á traer la devastación, pero esta devastación, *piú estesa* (mas estensa) que la que sufrimos, era precipitada, ó, para servirme de la expresión misma del santo Padre, era anticipada (anticipata). Llamamos la atención de nuestros lectores sobre esas expresiones, que son, probablemente, el anuncio de lo que ha de suceder.

Cualesquiera, empero, que sean esos sucesos, sabemos, que Dios nos ha armado para los combates. Solo se trata de conservar nuestras armas; y si las conservamos, triunfaremos.

O.

II.

Nos escriben de Roma:

La *Italia* ha recibido la orden de escribir un artículo de fondo, titulado: *Roma*, para cambiar el sentido de un pasaje del discurso dirigido por el Santo Padre á la diputación belga.

Segun el periódico de Visconti-Venosta, Pío IX ha sido muy audaz al comparar á Garibaldi con un *meteoro*, y aludir á Ciro, enviado por Dios para castigar al profanador Baltasar. El que ha pronunciado esas palabras, ¿pudiera ser, dice la *Italia*, la primera víctima de la devastación; y el oficioso periódico es de parecer, que el Papa debería mostrarse menos injusto.

La *Italia* puede hablar como guste del Santo Padre, que, al igual de Victor Manuel, es declarado inviolable por la ley de las garantías; pero si nosotros nos permitiéramos emplear con Victor Manuel, las expresiones de que se sirve la *Italia*, hablando del Santo Padre, el censor mandaría procesarnos, sin ningún género de duda.

Garibaldi es un meteoro, que vuela, no se

sabe de donde, sigue la pendiente natural de atracción de todo cuerpo sólido, deja tras sí un rastro de luz, y va á perderse en el espacio, obedeciendo á una ley insondable á nuestros ojos, pero sometida á la misma Providencia, que aquí abajo lo gobierna todo.

En cuanto á la alusión de Ciro y de Baltasar, es preciso esperar, para poder juzgar si ha sido, ó no, justa.

Entre las injusticias concedidas ayer por Garibaldi, figura la de M. de Saint-Bon, ministro de marina, á quien, además del honor de admitirlo á su presencia, ha prometido, que si su proyecto de ley, relativo á la venta de los 17 cascos de la armada, obtiene los honores de la disensión, él, Garibaldi, la apoyará. El rey no se atrevería á decir otro tanto: la ficción parlamentaria le prohibe *sacar la cara* por un ministro. Garibaldi, soberano de la democracia, no está ligado por esas mezquindades.

Después del almuerzo en la quinta Severini, donde se ha instalado definitivamente, desde hace algunos días, el *héroe* dá largos paseos por el campo romano, cerca de las orillas del Aniano. Habiendo llegado cerca de *Casa Rossa*, en las inmediaciones de Ponte Mammolo, reconoció el sitio de donde podría partir su canal de derivación; y de allí, pasó á la granja de los hermanos Deluca, á tomar parte en un *Lunch* que esos *mercanti* le habían preparado. *Inter pocula* Garibaldi ha designado á los ingenieros, que debían encargarse de la ejecución de la empresa; esos felices mortales son Filopanti, el apóstol de la religión nueva de la *verdad*, y el célebre ex-*mayor* Lobbia, que acaba de ser exonerado por reciente sentencia del tribunal superior de Luca.

(*Journal de Florence*, 5 de Febrero 1875.)

SU SANTIDAD Y LOS OBREROS.

Nuestro Santísimo Padre es el mejor amigo de los obreros, ó por hablar con más propiedad, el más tierno y amante de los Padres. Tenemos á la vista otra prueba, de la solicitud paternal con que se ocupa de esta

clase tan interesante de la sociedad, en el siguiente Breve, que Su Santidad ha ordenado remitir á los Círculos católicos de obreros. ¡Ojalá, que los obreros, que con tanta frecuencia ¡ah! se dejan engañar y seducir por las fatales promesas de la secta anticristiana, comprendieran todo el amor y verdadero interés, que expresan estas amorosas palabras del Vicario de Jesucristo!

BREVE

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE.

PIO IX, PAPA.

Para perpétua memoria:

Habiendo llegado á nuestra noticia, que existe una piadosa asociación de fieles, instituida regularmente en Francia, bajo el título de *Obra de los Círculos católicos de obreros*, cuyos miembros se proponen realizar un considerable número de obras piadosas y caritativas; á fin de que esta Sociedad vaya cada día en aumento, confiados en la misericordia de Dios Todopoderoso, y por la autoridad de sus bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo;

Nos concedemos indulgencia plenaria á todos los fieles de uno y otro sexo, que entren en esta asociación, el día de su entrada; y á los que, estando ya inscritos en ella, sean nombrados miembros de las comisiones, y de los consejos de la misma sociedad, el día de este nombramiento, con tal, que verdaderamente contritos, y confesados, reciban el Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

A los miembros presentes y futuros de la Obra, Nos les concedemos igualmente indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados en el artículo de la muerte, si verdaderamente contritos y confesados, reciben la Santa Comunión: y caso de que no pudieran recibirla, bastará que invoquen devotamente con la boca, ó al menos con el corazón, el nombre de Jesús. Nos concedemos, además, á los fieles de esta sociedad, miembros de una de las comisiones de la Obra, indulgencia plenaria, cada mes, en el día elegido por cada uno, visitando devotamente, después de haberse confesado, y recibida la sagrada Comunión, la iglesia parroquial, y dirigiendo á Dios fervorosas súplicas por la concordia entre los príncipes cristianos, la extirpación de las heregias, la conversión de

los pecadores, y la exaltación de nuestra santa madre Iglesia.

Finalmente, á los miembros de esa asociación, por cada vez que hagan, al menos contritos de corazón, alguna obra buena en orden á la misma asociación, les remitimos, en la forma ordinaria de la Iglesia, trescientos días de la penitencia que se les haya impuesto, ó en que hayan incurrido, por cualquier título que sea. Cada una de estas indulgencias, remisiones de pecados ó de penas, serán aplicables, por vía de sufragio, á las almas de los fieles que hayan muerto y están unidas á Dios por la caridad; sin que obste ninguna disposición contraria. Las presentes tendrán efecto perpetuamente.

Nos queremos, además, que á cualquiera copia de las presentes, sea escrita, sea impresa, pero firmada de un notario, y autorizada con el sello de una persona constituida en dignidad eclesiástica, se le preste la misma fe, que al original.

Dado en Roma, etc. etc.

CARDENAL ASQUINI.

(*Journal de Florence*, 20 de Enero 1875.)

VISITA DE SU SANTIDAD

Á LA

BASÍLICA DE SAN PEDRO.

Los fieles que han ido esta mañana á la basílica de San Pedro, á la hora de costumbre, se han encontrado con la novedad de estar las puertas cerradas. El motivo ha sido el haber Nuestro Santo Padre, que, desde el día 20 de Setiembre de 1870, no había entrado en el Vaticano, escogido el día de hoy, dedicado por la secta anticristiana á locuras, que rebajan la dignidad cristiana, para ir á adorar el Santísimo Sacramento, en el mismo lugar en que solía, en mejores tiempos, celebrar solemnemente los divinos oficios, en medio de millares de fieles, venidos de todas partes del mundo católico.

Hacia las doce de la mañana, Su Santidad bajó al templo, acompañado de un numero-

so cortejo, en el cual se veían á muchos príncipes de la Iglesia. Recibido por el Cabildo de San Pedro, presidido por su eminenencia el Cardenal Borromeo-Arese, el Padre Santo ha orado delante del Santísimo Sacramento con una devoción, que ha conmovido á todos los asistentes. Después ha ido á orar junto al sepulcro de los Apóstoles, y luego ha ido á besar el pie de la estatua de bronce, ya gastado por los muchos besos de los fieles; allí Su Santidad, quitándose el solideo blanco, aplicó la cabeza debajo del pie, y lo tuvo así por algunos minutos. Este acto de fe y humildad cristiana conmovió profundamente á todos los que lo presenciaron.

Después de satisfacer su devoción, el Soberano Pontífice, ha examinado los numerosos trabajos ejecutados en los últimos cuatro años por los curados del Cabildo, á cuyos gastos Su Santidad contribuye en el modo que le permiten las desgracias del tiempo.

Entre estos trabajos, merece citarse el monumento conmemorativo del vigésimo quinto aniversario del Pontificado de Pio IX. Es un retrato en mosaico de Su Santidad, debajo del cual hay una inscripción grabada en mármol, recordando, que Pio IX ha pasado los años de pontificado de San Pedro.

Antes de retirarse Pio IX, permitió, que besaran el pie y el anillo pontificio los miembros del Cabildo del Vaticano, y las demás personas encargadas del cuidado de la basílica.

Después de haber adorado nuevamente el Santísimo Sacramento, el Padre Santo se volvió á sus habitaciones. Gracias á Dios, sigue gozando de la más perfecta salud, y ha subido sin dificultad alguna, y sin necesidad de ajeno auxilio, las muchas escaleras, que conducen de la basílica de San Pedro, á las habitaciones que ocupa el Papa en el palacio pontificio.

(*Journal de Florence*, 6 de Febrero 1875.)